

Fragmentos

El único medio — esto lo sabemos todos — es predicar con el ejemplo. Nada mejor que el ejemplo. Y este ejemplo no basta darlo luchando consigo mismo. Esto no será suficiente. La juventud es excesivamente sensible. La menor nota falsa en la vida del luchador hace desaparecer, a los ojos de la juventud, todo el encanto y la aureola que le rodea. Es preciso que cada paso de nuestra vida esté en armonía con el fin supremo que nos proponemos alcanzar.

Si uno es autoritario en la familia; si uno es servil con los poderosos o solamente con las autoridades; si no usa del espíritu de crítico benevolente, y si al mismo tiempo se critica siempre a los otros; si uno no se posesiona del entusiasmo que nos permite pasar ligeramente sobre los detalles, para ver siempre nuestro grande, nuestro soberbio fin — todo esto puede pasar desapercibido en la propaganda entre hombres de edad. ¡Pero la juventud! La juventud ve todo esto inmediatamente. La contradicción entre la vida y el ideal, el lado mezquino de las querellas de partido cuando la discusión deja de ser discusión de principios (ésta puede ser tan apasionada como quiera; y debe serlo, ya que se trata de saber «qué hacer»), y se convierte en asquerosa rivalidad de personalismos...

De todo esto se aprovecha la juventud en el fondo. Y en todo esto, nosotros, los padres, continuamente sembramos las primeras dudas.

Habría mucho que decir en favor del método científico...

PEDRO KROPOTKINE

* * *

Si la ciencia nos hace vislumbrar en el porvenir la imagen del globo transfigurado, ella sola no podrá, sin embargo, terminar la gran obra realizable.

A los progresos en conocimiento deben corresponder los progresos morales.

Mientras los hombres luchan por

desplazar los hitos patrimoniales y las fronteras ficticias entre pueblos; mientras el suelo fecundo sea enrojecido por la sangre de infelices alocados que combaten, ya por un pedazo de territorio, ya por una cuestión de pretendido honor, ya por pura rabia, como los bárbaros de antaño; mientras los hambrientos busquen, sin poderlo tener seguro, el pan de cada día y la nutrición del espíritu, la Tierra no será, ese paraíso que la mirada del investigador percibe a través del tiempo.

Los rasgos del planeta no tendrán su completa armonía si los hombres no se han unido antes en un concierto de justicia y de paz.

Para llegar a ser verdaderamente bella la «madre bienhechora» espera que sus hijos se hayan abrazado como hermanos y que hayan pactado por fin la gran federación de los pueblos libres.—ÉLISEO RECLUS.

* * *

La guerra puede definirse con una sola palabra: violencia. Un lobo hambriento encuentra a un cordero en el bosque; lánzase sobre él, lo mata y lo come. Esta es la guerra, porque para declararla no es de precisión que la fuerza de los combatientes sea igual. Aun es buena condición ser mucho más fuerte que el adversario.

Otro lobo encuentra al matador del cordero; quiere robarle la presa, gruñe y le muestra los dientes. Esto también es la guerra. Porque no es preciso que los combatientes sean de distinta familia para declarársela, sino que los hermanos se baten unos contra otros.

Llega el hombre a su vez; quiere castigar al lobo que le comió el cordero... y llegue tarde o temprano, pelea, y con su palo, su hacha o fusil traba la lucha. No es porque el hombre tenga más razón por lo que mata al lobo; lo hace porque es más fuerte.

Tal es la esencia de la guerra: asegurar el triunfo del más fuerte, no del más justo.—CARLOS RICHEL.

IMP. ALSINA, SAN JOSE, C. R.